

**HOMILIA DE MONS. DEMETRIO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, OBISPO DE TARAZONA  
EN LA MISA CRISMAL.  
CALATAYUD. 23 DE MARZO DE 2005, MIÉRCOLES SANTO**

Queridos sacerdotes, diácono y seminaristas, personas de vida consagrada, fieles laicos, queridos hermanos todos:

“Con mucho deseo he deseado que llegara esta Pascua para celebrarla con vosotros...” (Cf. Lc 22,15). Estas palabras de Jesucristo me ayudan a expresar lo que siento en este primer año en que celebro como obispo la Misa Crismal con mi presbiterio diocesano, que sois vosotros, queridos sacerdotes de la diócesis de Tarazona.

A lo largo de mi vida sacerdotal he gozado mucho en la celebración cada año de la Misa Crismal junto a mi obispo (a quienes recuerdo hoy agradecido). Este año, Dios ha dispuesto en su misericordia que yo presida en medio de vosotros esta Eucaristía en la que cantamos a Cristo Sacerdote, el Ungido por el Espíritu Santo, al tiempo que renovamos nuestras promesas sacerdotales, y preparamos los Santos Oleos que se emplearán en derramar la gracia de Dios a lo largo del año por toda nuestra diócesis.

Estos días de Semana Santa son días de intenso y profundo contenido en la liturgia de la Iglesia. Son días de intensa participación para el cristiano que sintoniza con los sentimientos del Corazón de Cristo. Son días de mucho trabajo para nosotros los sacerdotes. Detengámonos en esta celebración previa al Triduo Pascual para caer más en la cuenta de lo que somos, antes de proceder al ejercicio de nuestro ministerio, más intenso en los días venideros. Gocemos en esta celebración en que la Iglesia, como Esposa amada, se vista de gala para su Esposo, al tiempo que Cristo mismo la engalana con el don del sacerdocio común, del sacerdocio ministerial y de los demás sacramentos simbolizados en los Santos Oleos.

1. *Jesucristo nos ha hecho sacerdotes*

Este momento tan singular del Año litúrgico es un momento propicio para darle gracias a Jesucristo porque nos ha llamado y nos ha consagrado como sacerdotes de la Nueva Alianza, sacerdotes suyos para siempre. Gocemos, queridos sacerdotes, de este don del Señor. Soy sacerdote, y lo soy para siempre. *Sacerdos in aeternum*. Gracias, Señor, por esta llamada y esta consagración, que ha configurado toda nuestra existencia. Gracias por este presbiterio de Tarazona, que, junto a su obispo, hace presente para los hombres de estas tierras la redención que Tú, el Hijo eterno del Padre, el Cristo, el Ungido por el Espíritu en la carne, has realizado para todos los hombres.

En los últimos decenios, en que todo ha sido sometido a revisión, se han vertido muchas opiniones, que, pretendiendo quizá la renovación del sacerdocio, en muchas ocasiones han contribuido a su erosión. La crisis de nuevas vocaciones tiene mucho que ver con esta erosión, que hemos de revisar con valentía y con humildad.

1.1.- ¿Una Iglesia sin sacerdotes? Este era el título de un libro aparecido en Francia cuando en el aula conciliar se estaba elaborando el documento *Presbyterorum ordinis*. La respuesta de aquel interrogante podemos imaginar cuál era. Si, una Iglesia sin

sacerdotes. Una Iglesia de corte protestante, donde la Comunidad elige a sus ministros, porque son delegados de la misma. Una Iglesia en la que el sacramento del Orden debiera ser eliminado, porque se considera una superestructura de poder.

Entre nosotros no hemos llegado quizá a estos extremos en nuestros planteamientos, pero aquí tenemos uno de los factores que está influyendo en la falta de vocaciones. Si se piensa que la Iglesia puede funcionar (algunos piensan que incluso funcionaría mejor) sin sacerdotes, ¿para qué molestarse en promoverlos? Sería tiempo perdido.

Ahora bien, una Iglesia sin sacerdotes, ya no sería la Iglesia fundada por Jesucristo. El llamó por su nombre a los Doce y los constituyó apóstoles, columnas fundamentales del Pueblo de Dios. Estos a su vez transmitieron el poder recibido de Cristo a sus sucesores los Obispos, que llamaron a los presbíteros como colaboradores suyos. Si se rompe la cadena, si no hay repuesto en la sucesión apostólica, la Iglesia de Cristo acabaría por extinguirse.

Celebremos, por tanto, con gozo esta inserción de cada uno de nosotros en la sucesión apostólica. Desde los apóstoles hasta nosotros, obispo, presbíteros y diácono que hoy estamos en esta Real Colegiata de Santa María en Calatayud, hay una sucesión ininterrumpida por la imposición de manos del Obispo, que ha llegado hasta esta celebración.

1.2.- ¿Más sacerdotes o más seglares? Algunos proponen que no busquemos más sacerdotes, sino que promovamos más a los seglares. Desde esta perspectiva incluso llegan a pensar que nos vendrá bien esta crisis de vocaciones sacerdotales para que de esta manera se incorporen los laicos a la tarea de la nueva evangelización, evitando la clericalización de la misma.

Dios sabrá sacar bienes incluso de nuestros males, pero en este punto hemos de tener claro que sólo si hay más sacerdotes, habrá más seglares. La doctrina conciliar ha revalorizado el papel de los laicos en la vida de la Iglesia y en el mundo. Pero estoy convencido que si no hay sacerdotes suficientes, ni siquiera habrá seglares. Es decir, si no hay sacerdotes desaparecerá la Iglesia de nuestro entorno, por muchos seglares que hubiera. O mejor, si hubiera muchos seglares convencidos brotarían espontáneamente todas las vocaciones eclesiales, también la vocación sacerdotal.

Pero la pregunta clave es: ¿qué sacerdotes habrá en nuestra diócesis dentro de 20 años? Permittedme que exprese mi absoluta confianza en Dios, que no nos dejará huérfanos, sin pastores para nuestro pueblo. Apoyado en esta confianza, incluso contra toda esperanza humana, percibo un horizonte en el que Dios nos va a bendecir con nuevas vocaciones al sacerdocio, de nuestra diócesis o de donde sea. Esto debe animarnos a poner todos los medios por nuestra parte para acompañar la llamada que Dios está dirigiendo en este momento a niños y jóvenes de nuestras parroquias. La esperanza en Dios no quedará defraudada. Quiero cuidar nuestro Seminario diocesano como lo más importante de la diócesis, y os invito a que apoyéis las propuestas que en su momento os presentaré para pedir vuestro consejo. Algunas serán atrevidas, pero la situación que vivimos no debe llevarnos al desánimo, sino que es un estímulo para la audacia que se apoye sólo en Dios.

1.3.- El sacerdote ¿uno más en la comunidad?

Ciertamente, el sacerdote es uno más en la escuela de Jesús. El es discípulo, antes que maestro. Pero en la Iglesia que Cristo ha fundado, el sacerdote tiene un papel esencial, no es un simple funcionario. Con la autoridad y en el nombre de Cristo, él es maestro y es liturgo y es pastor que va delante del rebaño.

El sacramento del Orden ha operado una mutación ontológica en el individuo ordenado, y a partir de la ordenación ya no es uno más. Este cambio ontológico va configurando la personalidad del sacerdote también psicológicamente, haciendo del sacerdote un hombre distinto, separado de los demás, un hombre consagrado a Dios para mejor servir a sus hermanos. El *sensus fidei* del Pueblo de Dios, la gente sencilla de nuestras comunidades, quiere ver en el sacerdote al hombre de Dios, al hombre que sirve la Palabra, los sacramentos, que actúa en nombre de Cristo, con el poder y con la autoridad de Cristo. Está pasado de moda el sacerdote camarada o colega, y menos todavía el sacerdote rebelde o revolucionario filomarxista. La identificación con Jesucristo sacerdote nos hace distintos, y sólo desde Cristo podremos acercarnos al hombre de hoy. Sólo si somos sacerdotes de cuerpo entero, podremos suscitar entre los niños y los jóvenes el deseo de serlo.

¿No justifica todo esto que el sacerdote aparezca en su porte exterior como hombre distinto? ¿Por qué esa tendencia a borrar toda diferencia? ¿Por qué en una sociedad secularizada como la nuestra nosotros los sacerdotes contribuimos a borrar toda huella de Dios, eliminando todo rastro, disimulando nuestra condición de consagrados, al no vestir como sacerdotes? Después de los sacerdotes, han hecho lo mismo las religiosas. Y así, nos quejamos de una sociedad secularizada e incluso laicista, cuando nosotros hemos ido por delante eliminando los signos que nos distinguen, y que son signos de Dios para el hombre de hoy. Muchos sacerdotes jóvenes ya no van por ahí, gracias a Dios.

Cómo me gustaría veros a todos vestidos de cura de manera inequívoca, qué alegría siente la gente cuando puede identificar fácilmente al sacerdote y a la persona consagrada. Nos lo están pidiendo a gritos. No demos por perdida esta batalla, y recuperemos una mayor presencia de Dios en nuestro mundo, a través de nuestra humilde presencia de consagrados. Podría contaros anécdotas muy aleccionadoras en este punto, sin excluir algún que otro insulto, que hace recordar la palabra alentadora del Señor: “Dichosos vosotros cuando os insulten y os calumnien de cualquier modo por mi causa...” (Mt 5,11-12)

He aquí algunas posturas –he señalado sólo tres-, más o menos consentidas entre nosotros, que están poniendo en juego el futuro de nuestra diócesis, en el contexto más amplio de la Iglesia en España y en Europa, y Dios nos interpela a que reaccionemos con viveza. Todavía estamos a tiempo. No podremos entusiasmar a un joven al decirle que venga con nosotros, si nosotros no estuviéramos contentos de ser sacerdotes, y ese gozo ha de notársenos hasta en la cara.

Demos gracias a Cristo que un día nos llamó para ser sacerdotes y nos consagró ministros de la Nueva Alianza. Valoremos nosotros mismos el gran regalo que Cristo ha dejado a su Iglesia en la persona de los sacerdotes y veréis cómo entre nuestros niños y jóvenes brotarán vocaciones al sacerdocio.

La sequía vocacional que padecemos particularmente en Aragón no tiene su raíz principalmente en el bajo índice de natalidad o en la secularización ambiental. Tenemos con nosotros todavía miles de niños y de jóvenes. Esta sequía hay que buscarla en un decaimiento de la vida de fe de toda la comunidad cristiana, que ha afectado (y en algunos casos muy seriamente) también a los sacerdotes.

Pero eso tiene arreglo. El camino a recorrer para una recuperación de este decaimiento será por tanto el inverso, es decir, convertidos a Dios, potenciemos todo lo que sea hablar de Dios, fomentar la experiencia de Dios, gritar a los hombres de hoy que Dios es el único futuro del hombre. El mundo de hoy necesita a Dios más que nunca. Muchos no saben dónde encontrarlo. Nosotros somos en medio del mundo testigos del

Invisible para los hombres de nuestro tiempo. Tenemos entre manos una tarea apasionante.

## *2. Hemos nacido en la Eucaristía y para la Eucaristía*

Entre los dones que Dios ha puesto en nuestras manos, queridos sacerdotes, el más importante de ellos es el de poder celebrar la Eucaristía. “Oh sagrado banquete en que Cristo es nuestra comida, se celebra el memorial de su pasión, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura” (Antífona de la liturgia del Corpus). Jesucristo ha puesto en nuestras manos el don de su Redención.

Cuidemos con esmero cada una de nuestras celebraciones. Con fidelidad a lo que la Iglesia nos dice, con respeto a las normas litúrgicas, que son expresión de obediencia y de comunión. Es el gran misterio de nuestra fe lo que tenemos en nuestras manos, no es algo que yo pueda manipular a mi antojo. Para eso, leamos y releamos la ***Ordenación General del Misal Romano***, que nos llega en su tercera edición típica, y que la diócesis hoy nos regala para su entrada en vigor el jueves santo.

Cuidemos la pureza de corazón en nosotros y en los fieles encomendados, a la hora de acercarnos a este sacramento. Hoy son muchos los que se acercan a comulgar sin confesarse previamente, quizá porque han perdido la conciencia de pecado. Eduquemos las conciencias a través del sacramento del perdón, ya desde la primera comunión y dedicando horas por nuestra parte a esperar en el confesionario a los penitentes. Comuniquemos a todos el deseo de acercarse a la Eucaristía, a la comunión, a la adoración del Santísimo Sacramento. Cuidemos especialmente la celebración del domingo, el día del Señor.

La Carta que el Papa nos dirige con motivo del jueves santo este año os la hago llegar para que la meditemos durante la oración sosegada de estos días. “No se pueden pronunciar las palabras de la consagración sin sentirse implicados en este movimiento espiritual”, nos recuerda el Papa, hablando de entrega personal, de ardor misionero, de memoria del mismo Cristo, de santidad de vida. “Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros... Este es el cáliz de mi sangre derramada para el perdón de los pecados”.

Somos no sólo los celebrantes, sino también los custodios de este gran misterio de la Eucaristía.

En este Año de la Eucaristía pidamos a San Pascual Bailón, el santo más universal de nuestra diócesis de Tarazona, el santo de Torrehermosa, que aumente en nuestra diócesis, en su diócesis, el amor y el fervor eucarísticos. Que los niños, los jóvenes y los adultos aprendan a estar con Jesús en este sacramento, se alimenten de él frecuentemente, aprendan a ofrecer sus vidas con Jesucristo al celebrar el único sacrificio del Calvario. Que lo aprendan, sobre todo, porque lo ven en nosotros sacerdotes enamorados de Jesucristo en el sacramento del altar.

Tengo que agradeceros, queridos sacerdotes y fieles todos, la grata acogida que me habéis dispensado al llegar a la diócesis de Tarazona. Ni yo os conocía a vosotros ni vosotros me conocíais a mí. Y os habéis volcado conmigo en atenciones de todo tipo. Muchas gracias. Me siento obligado a corresponder. Veo en ello un profundo sentido de fe, pues me habéis recibido así, sencillamente porque soy vuestro Obispo. Ni lo he elegido yo, ni lo habéis elegido vosotros. Vosotros y yo lo hemos recibido como un don del Señor para cada uno de nosotros y para esta Iglesia particular, que es la diócesis de Tarazona. Gracias de nuevo por vuestra nobleza y por vuestro espíritu de fe y sentido de Iglesia. Cuando lo he comentado con mis hermanos obispos en los días pasados, algunos añoraban esta actitud, que vosotros con tanta naturalidad habéis mostrado.

Tarazona tiene un presbiterio sano, que necesita recuperar la esperanza para proyectar el futuro con ilusión y entusiasmo.

Animo, queridos sacerdotes. No somos una diócesis en trance de extinción. Tenemos en nuestra diócesis todos los recursos para ser una Iglesia diocesana, donde vive y camina la única Iglesia de Cristo, santa, católica y apostólica, presididos por el Sucesor de Pedro y en comunión con los demás obispos. Continuemos orando por el Papa Juan Pablo II, para que no le falte el apoyo entrañable de esta pequeña diócesis de Tarazona.

Procedamos ahora a la renovación de las promesas sacerdotales. Digamos con toda humildad y con el gozo que viene de Dios: Sí, soy sacerdote. Estoy contento de serlo. Quiero serlo para toda mi vida. Renovemos las promesas que hicimos gozosos el día de nuestra ordenación. La promesa de vivir entregados de por vida al ministerio recibido. La promesa de vivir como Cristo obedientes, célibes y pobres. La promesa de rezar cada día la Liturgia de las Horas y crecer en el espíritu de oración. La promesa de preparar con esmero la predicación, es decir, de estudiar y formarnos continuamente.

Después procederemos a la consagración del Santo Crisma y a la bendición de los Santos Oleos, que habrán de llegar a todas las parroquias de la diócesis como un río de gracia que brota de la mesa eucarística, del obispo con su presbiterio, del misterio pascual del Señor, cuyas solemnidades nos disponemos a celebrar este año. Que todos sintamos la frescura y la renovación de la Pascua.

Enhorabuena, queridos sacerdotes. Que el gozo del Señor sea siempre nuestra fortaleza. Ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos. Que así sea.